

LA PRIMERA MASCOTA, UNA TRADICIÓN DE LA CASA BLANCA

LOS CANES DE LOS PRESIDENTES DE EEUU han protagonizado a lo largo de la historia divertidas y curiosas escenas de la vida de sus dueños. Esta semana se ha producido la entrada en escena de Bo, el perro de los Obama. Veremos si llega a ser el centro de alguno de los discursos de Barack, como lo fue en su día Checkers de los de Richard Nixon. **Por Joan Cañete Bayle**

Todos los perros del presidente

No debe de ser fácil ser la mascota de la Casa Blanca. Bo, el nuevo perrito de los Obama, ya empieza a sufrirlo en sus carnes. **"Desvelado el secreto mejor guardado de Washington"**, decía la crónica de *The Washington Post* en la que el periódico del *Watergate* presentó al mundo la esperada mascota (bueno, una web aún no se sabe cómo reventó la exclusiva, pero eso no cuenta). De repente, sin comerlo ni beberlo, pasas a ser la Primera Mascota, a participar en *photo ops* con el comandante en jefe, a ser protagonista de discursos –como le sucedió a Checkers, la mascota de Nixon– y te conviertes en el animal más fotografiado del país y probablemente del globo. Debes llevarte bien con los agentes del Servicio Secreto, jugar con los periodistas cuando el jefe quiere dar una imagen familiar por cualquier motivo de relaciones públicas, ser simpático con los niños, circunspecto cuando toca, obediente cuando es necesario, travieso cuando el guión así lo exige.

No es de extrañar que la presión acabe superando a las mascotas y hagan como Barney, el terrier de Bush, que en sus últimos días en la Casa Blanca la emprendió a mordiscos con unos periodistas. Y lo peor es que entonces te conviertes en protagonista involuntario de análisis políticos en los que tu mal día (como si una mascota no pudiera tener un mal día) pasa a ser metáfora del humor político de



Feller, el cócker de H. S. Truman (1945-1953), juega en el jardín.

tu dueño. Hay ocasiones, como fue el caso de Pushinka, regalo de Nikite Khrushchev a Caroline Kennedy, en que te conviertes en una pieza de alta política exterior.

Debes luchar también con el recuerdo de tus predecesores, una lista tan larga como la de presidentes. Cuando correteas por la mansión presidencial te persiguen los fantasmas de tus insignes predecesores, como Old Whiskers, la cabra de Benjamin Harrison (1889-1893); Pauline Wayne, que en los tiempos de Howard Taft (1909-1913) fue la última vaca en pastar por el jardín de la Casa Blanca; Fala, la inmensamente popular mascota de Franklin Delano Roosevelt (1933-1945), que era tratada a cuerpo de rey; Lucky, que solía acompañar a Reagan (1981-1989) en el Despacho Oval, o Socks, el gato que está tan vinculado a la presidencia de Bill Clinton (1993-2001) como el caso Lewinsky.

Sí, no debe de ser fácil ser la Primera Mascota en la Casa Blanca, donde debes asumir tu función de arma de distracción masiva. Tu popularidad se mide por la cantidad de "ooohs" que eres capaz de generar entre el electorado al que tu dueño se debe, de las veces que se repite la exclamación "¡qué mono!" (aunque seas un perro) cuando asomas el hocico. Bien gestionada, tu presencia humaniza a tu dueño, le garantiza unas cuantas preguntas simpáticas en cada rueda de prensa. Pero lo peor debe de ser el entrenamiento de élite que tienes que pasar para aprender a no morder los muebles y mucho menos hacer tus cosas en la moqueta de la habitación de Abraham Lincoln... ≡



F. D. Roosevelt (1933-1945) aúpa a Fala. Dwight Eisenhower (1953-1961) con Heidi.



Los Kennedy (1961-1963) con sus perros, entre ellos Pushinka, abrazada por Caroline.